

Arthur Hoerce

Broder Christiansen, Profeta de un nuevo Dios



Si todos los indicios no nos engañan, debemos esperar que una nueva inquietud religiosa, una nueva sed de creer se apodere cada día más del hombre moderno, del mismo que hasta ayer parecía tan a sus anchas en un mundo puramente racional, en el mundo del progreso y de la conquista científica de la naturaleza. Lo que lo impulsa por su nuevo camino (y esto es muy importante) no son solamente las grandes experiencias colectivas, tales como la guerra o la desocupación, no son puramente los padecimientos de diversa índole ni en general los impulsos de origen sentimental o emotivo; es a menudo un razonamiento más penetrante y el afán de comprender a fondo, de penetrar en espíritu los problemas o series de problemas inaccesibles al entendimiento científico. A menudo se ve ahora que la misma razón se rebela contra el racionalismo, el propio intelecto rechaza el intelectualismo puro.

La publicación de un nuevo libro de Broder Chris-

tiansen es uno de los casos más característicos de tal negativa, de tal insurrección. Herr Christiansen no es uno de esos profesores de filosofía alemana que escriben un gran número de gruesos libracos inútiles o meramente útiles (cuando no se trata, bien entendido, de obras a la vez indigestas y geniales). En este caso nos hallamos ante un *Freigelehrter*, un sabio libre que no ha querido afiliarse con ninguna universidad, y que ha pasado la mayor parte de su vida en una aldea de la Selva Negra, en medio de su colección de estampas, de sus libros, de su familia, siempre absorto en el trabajo, pero nada más que en aquello que le interesa real y personalmente, tomando solamente la pluma cuando tenía algo que decir y publicando entonces libros densos y breves de una precisión, de una transparencia de lenguaje enteramente excepcional.

A pesar de la sobriedad extrema de sus medios de expresión, sus escritos no carecen jamás de una nota personal; por eso no sólo se encuentra en ellos un autor, sino además un hombre. Es por esto que vale la pena saber que el «ermitaño de Wiesneck», conforme es conocido en su patria de elección, la Selva Negra (aun cuando últimamente haya llevado sus penates a Munich) no es originario de esa región, sino que nació mucho más al norte, en los confines con Dinamarca, tal como lo deja adivinar su apellido, que es amigo de la infancia del Dr. Eckener, jefe de la empresa Zeppelin, y que ha sufrido desde joven de una afección nerviosa

que es lo que le ha obligado a pasar largos años en la soledad y el silencio.

La mentalidad de Christiansen no podía dejar de beneficiarse con la soledad: cada día más, una obra realmente original debe evitar, para acendrase, el tumulto de la «vida literaria», la producción precipitada, la vana competencia en torno al mercado de las reputaciones del momento. Con un temperamento de artista y de pensador, a la vez, y provisto de sólidos estudios de arte y de filosofía, dedicó el tema de su primer libro, tal como era de esperarlo, a una *Filosofía del Arte*, publicada en 1909, un libro de primer orden que produjo en su día una impresión duradera sobre los artistas aun más que sobre los filósofos, tanto en Alemania como en otros países, y especialmente en Rusia, donde se hizo casi inmediatamente una traducción.

Le siguieron breves pero substanciosos estudios de filosofía pura (*Crítica de Kant; Teoría y psicología del conocimiento*) tras de lo cual pasaron muchos años sin que el autor diera nada al público. Viviendo, meditando, se dedicó a investigar hasta el fondo varias materias de índole contrapuesta, pero en las cuales se sentía igualmente interesado, y esas investigaciones resultaron al término de veinte años y cuando ya se comenzaba a olvidar el primer libro y a su autor, en la aparición de *El cariz de nuestro tiempo*, estudio original y penetrante que fué seguido a corto plazo por un nuevo libro sobre la filosofía del arte (*Die Kunst*) *El Arte*. 1930—todavía

más profundo y más rico en ideas nuevas que el primero; por un tratado pedagógico de una concepción individual de la profesión de escritor—*Die Kunst des Schreibens*: El arte de escribir, y por un nuevo estudio sobre la grafología: *Die neue Grundlegung der Graphologie*: Nuevos fundamentos de la grafología, en el cual propone un nuevo sistema, harto diferente del que ha prevalecido hasta ahora en esta ciencia flamante que le debemos a Ludwig Klager y a su escuela. Por último, con fecha reciente, ha aparecido el libro que su autor considera al parecer como coronamiento, por lo menos provisorio, de su obra, y al que dió el título de *Der Neue Gott*: El nuevo Dios.

A pesar de la gran diversidad de sus escritos, creemos que las cuestiones referentes al arte y la actividad creadora del artista, no han dejado en todos los años de elaboración de una obra tan consistente como variada, de formar la preocupación dominante en el pensamiento de Herr Christiansen. *Die Kunst* es, ciertamente, una de las investigaciones más certeras dirigidas hacia la contextura íntima y el sentido profundo de la obra de arte, que hayan aparecido en los últimos veinte años, y muchas reflexiones de por sí muy brillantes que aparecen en *El arte de escribir*, en los *Fundamentos de la grafología*, en el *Cariz de nuestro tiempo*, no son otra cosa que ramificaciones que arrancan su raíz verdadera de aquel libro denso y precioso. Sus últimas páginas indicaban ya con mucha

precisión las conclusiones metafísicas y hasta francamente religiosas de las «líneas de vida» principales que el autor descubría en la estructura interior de las grandes obras de arte. Debemos suponer que su último libro es el fruto de sus meditaciones que van aún más lejos en el mismo sentido.

En cuanto teorizante del arte, Herr Christiansen ha debido insistir más que otro alguno sobre el carácter a la vez muy humano y más que humano de la creación artística: de esas observaciones, de esa experiencia profunda, se aprovecha ahora en cuanto filósofo. Pues hemos de reconocer muy claramente, en el arranque de sus reflexiones sobre el «nuevo Dios», una intuición, o mejor dicho una evidencia central muy sencilla, accesible a todo el mundo, pero que él ha aprovechado como materia prima para su concepción. Puede ser formulada con estas palabras: la actividad humana no se explica más que parcialmente de acuerdo con las necesidades reales del individuo o de la sociedad humana; quedan actos que escapan enteramente a tal explicación; y ellos son, precisamente, los que dan la medida del hombre, los que tenemos en la más grande estima (sea este valor positivo o negativo), los que más distinguen al hombre del animal. Toda acción que merezca el nombre de heroica pertenece a esta segunda categoría: la del soldado que da su vida por un pedazo de tela atada a un mástil, la del capitán que rehusa abandonar su buque en un naufragio, la del artista que sacrifica su vida por su arte. Pero aun las formas de la santidad, por pasivas que sean, tienen

también ese carácter transcendente con relación a la vida, y hasta ciertos crímenes dictados por la voluntad de potencia o, simplemente, por una crueldad que podríamos llamar desinteresada, pertenecen a esa misma categoría de acciones. Cualquiera concepción puramente mecanista o si se quiere biológica del universo, no explicará eso jamás de una manera completa.

Aquí está el punto de partida profundo de la concepción de Herr Christiansen, por más que la demostración que él presenta con tanta claridad en su libro siga un orden algo diferente. Deste el comienzo, nos presenta los dos principios que rigen la vida humana: el instinto vital (que él llama «voluntad de vivir») y otro que llamaremos aquí sencillamente «el otro instinto», pues no es posible traducir al castellano el término alemán *demonischer Wille* (en el cual la expresión *demonio* está tomada en su sentido griego, tal como en la frase «el demonio familiar de Sócrates»). El instinto vital no se satisface, como es sabido, en el hombre con lo necesario, sino que quiere también lo superfluo, pero un superfluo que sigue siempre la dirección de la vida (no solamente satisfacer el hambre, por ejemplo, sino además el bien comer). La inteligencia está al servicio de este instinto, como igualmente el libre arbitrio que permite al hombre ver más allá del propio instinto, adaptando su conducta en forma que, al fin de cuentas, sea útil a la vida.

Análogamente, el sentido moral no es otra cosa que el instrumento que se crea el instinto vital frente a las

necesidades de la vida en común. La moral por sí misma no trasciende jamás la vida; sólo la sobrepasan las acciones dictadas por el otro instinto. Este instinto se posesiona de una idea que se convierte para el hombre en algo más precioso que la vida, que adquiere a sus ojos un valor más grande que todos los valores que presenta el instinto vital, esa idea puede ser el escalamiento de un picacho alpino, o la conquista del aire, o la gloria de la patria, o el amor de Dios, o el servicio desinteresado de la humanidad. También puede abarcar un sistema de ideas, como las que designamos con el nombre de ciencia, arte, religión; en este caso, la finalidad que nos presenta el otro instinto se ensancha hasta lo infinito, en tanto que en el caso de la ascensión de una montaña o el vuelo en avión sobre el océano, tal fin puede ser alcanzado y cerrar, por así decirlo, la vía de la acción heroica. Pero esto es lo de menos. Siempre se trata de una acción libre, dictada por un deseo y no por la conciencia de un deber. El sacrificio es, en este caso, la alegría suprema y no una obligación impuesta del exterior. Los hombres que veneramos en todos los dominios de la actividad humana, son siempre esos que han sido capaces de tal sacrificio, de una acción de esas que sobrepasan los dictados del instinto vital. Ellos son los creadores de valores verdaderos, y aquellos que se sienten incapaces de abandonarse, siquiera sea por un instante al otro instinto, olvidando el instinto vital, sienten hacia esa aristocracia espiritual de la humanidad la envidia más terrible, más amarga que la que los po-

bres sienten por los ricos, o los enfermos hacia aquellos que gozan de buena salud, y a la cual Herr Christiansen califica de *Adelsneid*, envidia hacia la nobleza.

Con esto llegamos a la parte decisiva del libro y al pensamiento más atrevido de su autor. Los dos instintos distinguidos por él y puestos uno frente al otro, tienden cada uno a su manera a la construcción de un mundo sobrenatural. De aquí las dos formas posibles y opuestas de la religión que, según él, coexisten en cada una de las grandes religiones de la humanidad y que nuestra época tiene la misión de disociar. El instinto vital encuentra delante de sí las tinieblas de la muerte, de la no existencia, y procura penetrarlas a fin de colocar un más allá que niegue la muerte, que sostenga una vez más la vida. Eso es el miedo, o más bien dicho la angustia que lucha contra las tinieblas y procura reemplazarlas por otro mundo—el otro mundo que Herr Christiansen llama el reino del *In* o sea de lo in-conocible, de lo in-tangible.

Este reino es destruído poco a poco por la investigación de la ciencia, por el trabajo de la razón, que, por su parte también sirve al instinto vital, pero por medios diferentes a los de las varias mitologías creadas por la angustia. Pero, junto al reino del *in*, existe el otro reino postulado por el otro instinto, y allí no encontramos ya el paraíso del instinto vital, sino la razón de ser de la acción heroica que sobrepasa la vida. En el propio cristianismo se halla, de un lado, el Dios al que imploramos y de quien esperamos una

beatitud eterna concebida como la sublimación de nuestra vida terrena; y por otra parte, hay el Dios con el cual comulgamos por la virtud de nuestro amor desinteresado, alcanzando así una beatitud que no está en el futuro, sino presente en el acto mismo por el que nos divinizamos al abandonar todo aquello que nos ligaba al suelo.

El nuevo Dios, según Herr Christiansen, es ése, El destino de las grandes religiones, según él,— ante todo, el de la religión cristiana—depende de su poder de renovarse, de abandonar el reino del in, para bien del otro reino. Pues el más allá creado por la angustia del instinto vital está a punto de disolverse, sin contar con que no ha existido jamás realmente, mientras que el más allá de la acción heroica sí que puede existir; eso depende de nosotros. Con esto Herr Christiansen vuelve a los conceptos kantianos que antaño contribuyeron a formar su pensamiento. «Lo que llamamos el mundo real, dice, no existe para la contemplación pasiva que no conoce más que el juego subjetivo de las percepciones y de las sensaciones, las cuales bien pueden no tener relación con ningún objeto extraño a mi pensamiento; éste sólo existe para la acción, la cual le da a cada instante una existencia absolutamente convincente para aquél que actúa. En igual forma, la acción heroica da una existencia indudable, a los ojos del que emprende esa acción, a un mundo que precisamente corresponde a esta acción, tal como el mundo real corresponde a nuestra acción vital cotidiana».

na. Sólo con esta diferencia: que conocemos muy bien el mundo real y harto mal el otro reino, por no vivir la vida heroica sino en raras ocasiones. Sin embargo, los contornos de este nuevo más allá se hacen más precisos, y ¿quién sabe si no comenzamos ya a vislumbrar el semblante del Dios nuevo?...»

He ahí las líneas principales del pensamiento de Herr Christiansen. Seguramente un creyente verá allí ideas ya bien conocidas (está ya acostumbrado, por ejemplo, a distinguir entre la plegaria que pide y la que es una acción de gracias o una reunión mística con Dios) junto con otras en que no ha de participar. Lo esencial es que para Herr Christiansen, como para Max Scheler antes de su conversión al catolicismo, Dios no es, sino que deviene. En el fondo, se trata en su obra de la concepción tan vigorosa en el siglo XIX, y atacada antaño por Dostoywesky, de la deificación del hombre, del hombre hecho Dios, en cuanto aparece opuesto al Dios-hombre de los cristianos. Un pensador ruso, Fedoroff, ha considerado ya la posibilidad de la resurrección de los muertos como resultado futuro del progreso humano. Podríamos dudar de que Herr Christiansen haya descubierto un nuevo Dios. Lo que es indudable es la fuerza y la valentía de su pensar. Y lo que más importa es su sed auténtica de lo divino.

(Traducido para ATENEA).